

LA PLAYA Y SUS FOTOS; LAS PLAYAS Y SU FOTO

Fernando Portillo Guzmán
Universidad de Cádiz

A modo de preámbulo o proemio desde la arena.

El sol acaricia nuestro azulado planeta sin cesar. Rotaciones y translaciones incontables suceden desde antes que pudiéramos narrarlo, a borbotones, despacito, atropellados, lentos, canturreando, tartamudeando o con líricas cadencias dramatizadas. La soleada claridad nos alegra las mañanas cada salida matutina. Y paseamos; los que podemos, lo hacemos, bajo su cálida caricia cotidiana, por la playa que reconocemos sonrientes y nos reconoce inquieta. Paseos por la playa que sugieren tranquilidad, paz y cierto recogimiento; siempre y cuando no se trate de un domingo cualquiera de cualquier mes de Agosto.

En verano, la vida toda discurre lustrosa a través de veredas luminosas y agradables; vamos y venimos, por descubrir, por descubrirnos; sabemos que buscamos, pero no sabemos qué buscamos; busco sin saber aproximadamente qué; vengo y voy; me quito las gafas graduadas y me pongo unas gafas de sol, marca acmé, sin graduar, o no; ¿blanco y negro o color? Metódicas dudas inconclusas cual tránsito vital; la dicotomía excluyente e inmiscible, playa-montaña o sobre el espejo montaña-playa, tanto monta, monta tan poco, plantea serias discusiones en los hogares numerosos de casi todas (o al menos en muchas de las distantes casas de la marítima costa que cuesta) las urbes occidentales reconocibles. Y algunos ganaderos experimentados, dedicados exclusivamente a la cría de los poderosos toros retintos y maternales vacas retintas (cuando tienen un ternero, entiéndase), lo saben de sobras; la cabra siempre tira al monte -la maldita cabra, que arrasa todo ecosistema eliminando todos y cada uno de los vegetales que se pongan al alcance de sus impías mordeduras-; y por el monte la sardina pues no, sardinillas a la mar salada. Y caballas a la playa desnuda; allá nacimos y allá habremos de reunirnos, polvo o cenizas, con el Magno Observador. No se hable más; playa vaya adonde vaya. Y las cabras, con suerte, que se despeñen, sin apaños ni desengaños desempeñados. Y sin colaterales daños a las montañas. Y ya puestos, un zumito de pina gélido, en la tumbona de la playa, y baños muchos, año tras año, sin perder los sueños ni cortar los moños. ¡Qué riña!, sin leña ni futboleras grescas de peñas. Los paños, sin ponzoñas, a remojar. Mañana veremos cómo promete la jornada, si independiente e indecisa o decidida y con isóbaras próximas. Y en otoño, e invierno y primavera, si se puede, a disfrutar como púberes indómitos; nos gusta jugar en las arenas; pues a ello, a gozar, sin vallas, de las playas.

El sol marítimo y la playa en soledad, con tormentosas nubes amenazantes o chicha calma desenfundada, y la azulada claridad, o la brisa limpia, o la inagotable sinfonía marítima, y las caricias de los granos de silicio, invitan a hacerlo; invitan a hacerla. La foto es inexcusable. La foto y la playa, amigas o amantes desorientadas al caer el solitario círculo blanquísimo, y casi amargas camaradas furtivas, bajo el astro rey y bajo todas las otras imposibles fuentes de radicaciones visibles e invisibles. La azulada limpia luz marítima, parece invitarnos a la lúdica práctica activa del acto fotográfico.

La playa, de foto. Nuestra playa y sus fotografías. Vuestras playas y la fotografía. Las fotografías de las playas. Incontables y bienhalladas. Increíbles y biensoñadas. Y como dijo un aragonés uni-

versal, usuario de lienzos y coloridos varios, el sueño de la razón produce ¿Monstruos S.A.? Urbanizaciones por doquier, torres de Babel, con señas y código postal, señas y código penal, para alojar a cientos de miles de hormigas descuidadas, descarriadas, despreocupadas e irresponsables respecto a su lugar de residencia, entronados destructores indómitos del entorno vivo, plagas con carta de residencia, derecho a tirar un sucio papelito en una caja de plástico cada cuatro añitos, y don de ciudadanía. La azul biosfera agonizando y sus hidrodinámicas criaturas agonizantes. Antes y ahora. Adonde iremos a parar. ¿A parir? Donde iremos a seguir. A seguir haciendo fotografías, reservadas.

Aceptables y contables fotografías "del lugar". De los hechos; y de los desechos. Desechos y encantados de estar allá. Por Alá, derechos. Derechos, siempre derechos con nuestras normas. Derechos, por Dios, el nuestro, el de los seguidores del primer capitán-arquitecto, alias San Pedro, y sucesores todos sin cortes, hasta el presente décimo sexto Benedicto, a darnos un baño en nuestra playa favorita, y dar gracias, por ello y por cosas otras, al ingenioso Creador, e inclusive a los guardacostas, ante semejante marítimo privilegio, digno de ciudadanos todos, humanos tardíos o carentes de temprana humanidad mínima.

Conviene tender a lo simple y a las explicaciones menos enrevesadas. Novelitas ñoñas a la hoguera.

Veamos de qué va todo este asunto; y hay que tener mucho cuidado para que la cámara fotográfica no sea arruinada, por completo y para siempre, con los finos o gruesos granos de arena, móviles ellos todos, que amenazan cada frágil y precisa tecnología humana que se aventure pasar por sus dominios, o ante las saladas aguas chispeantes, armónicas y cíclicas, capaces de oxidar cualquier metal, hasta el inoxidable acero.

Tumbados sobre la arena, disfrutamos de la caricia dorada del astro rey. Ahí las den casi todas; a gozar, mendigos de felicidades inciertas e inequívocas. Gozosos, lo que se dice gozosos, cuando fondeados estamos sobre los mecidas limpios fluidos de las costeras aguas del Mar Nuestro en primavera preferentemente. Zampalimosnas de aventuras plateadas o numéricas, a regocijarse tocan, que el verano ardiente llegará más adelante seguramente. Pues a ello, veraneantes, despistados, domingueros, deportistas del pincho de tortilla y el tinto de verano diarios, padres de familia sin hijos, élites con tanga, salvapantallas inactivos, crápulas sin sombrillas, precursores eméritos, artistillas de la escena de las vanidades sin papel protagonista, fumadores heroicos ante la adversidad de las cámaras, camarógrafos, cinefilos, poetastros, fotógrafos circunspectos y existenciales, basureros de sueños, y videoadictos; todos, a por todas.

La Naturaleza como destino fotográfico constante.

Recordemos, pues nunca está de más y viene al caso en semejante ocasión, que la fotografía, como disciplina del entorno de la imagen, relacionada, forzosa e ineludiblemente, con el dibujo y con la pintura, puede utilizar y de hecho utiliza por sistema, con resultados irreprochables -según quién y según cuándo-, los principales grupos modélicos de esas seculares disciplinas, un irregular triunvirato con oradores de diverso talante narrativo y fortuna estética dispar, a saber: el retrato, el paisaje y el bodegón.

Asimismo, hemos de recordar, que el desnudo es un subapartado del modelo citado en lugar primero, el prototipo por excelencia, el retrato. Y, al respecto, las mezcolanzas típicas entre los tres grupos, pueden llegar a combinaciones bucólicas, epidérmicas o psico-taxonómicas, todas muy sorpren-

dentes y deslizantes: marina-bodegón, retrato montañoso, objetos-retrato, desnudo urbano, paisaje semidoméstico, retrato semidesnudo, objetos-paisaje, desnudo objetivo, paisaje conceptual, retrato cuasinatural, bodegón psicológico, paisaje retratístico, retrato-desnudo-bodegón atípico, viva-naturaleza muerta vs muerta-naturaleza viva, objetos-desnudo-paisaje interior, marina desnuda, paisaje-abstracción con objetos subjetivos, retrato-ilógico metafísico, bodegón geométrico sobre desnudo psicológico, abstracción marina, el bosque sin grupos aminorados, impersonales objetos desanimados, la pera-limonera desnuda en la playa repleta...

Hemos acabado, como se pretendía y perseguía sutilmente, en la playa, lugar de encuentro jubiloso y disfrute a la marinera, cual almejas. La playa, con limoneros cercanos o distantes, ora en bajar mar otrora en pleamar, ciclo eterno. Es decir, estamos, apaciblemente aposentados en la cercanía de la líquida madre que, con ayudas celestes, nos originó muchísimo tiempo ha, la Mar. Salada claridad y dulzona oscuridad. El Mar, y la Naturaleza; el mismo gran organismo que nos ampara, acoge y mantiene, y trata de mantenerse vivo, pese a nuestros denodados y denostados esfuerzos por destruirlo, por destruirla. La mar de historias; la mar de fotografías, grises, negras y blancas, de azuladas sensaciones. Naturaleza plena.

Y, tal vez, fuera de la capa de las periódicas fotografías familiares, de los templados retratos aparentes, o de los improvisados bodegones frustrados esporádicos, por ese temor fundamental a perder "las vidas todas" de la Madre Naturaleza, nos empeñamos, cuidadosamente, en fotografiarla, sin descanso, con pasión, admiración y sereno agradecimiento.

En el momento difuso, cualquier soleado día del renovador siglo XIX, en el cual un cultivado tipo con una cámara fotográfica "recientemente cargada y lista", decidió salir al recoleto jardín de su casa, para asegurado y desafecto disparar, sin herir, sobre unas flores, unos setos, unos árboles o unos campos próximos, nació la fotografía de naturaleza, que continúa, con gran éxito, practicándose en los numéricos inicios del siglo vigésimo primero, que blandamente habitamos y rudamente compartimos sin demasiada benevolencia.

La Naturaleza, asociada al paisaje, interior hoy o exterior mañana, se vincula entonces, cierta e inexorablemente, a la Fotografía, como expresión artística meditada y no como complejo registro temporal o documento analógico plano, ya desde los inicios de la joven historia de las rebanadas temporales que construye. Naturalmente, fotos naturales. En definitiva, fotografía y naturaleza pasean de la mano, sin reparos, cual matrimonio, por definición de distinto sexo, que convive, comparte, ofrece, acaricia, comprende, discute, alguna que otra vez, y se ama profundamente. Los paseos son tranquilos y comunicativos, manteniendo cada cual su independencia inequívoca.

Leamos lo que un señor² importante, que de fotografía, y de fotografía de naturaleza, escribió y bastante sabía:

Es importante darse cuenta que la fotografía expresiva (la "Fotografía Creativa") no guarda una relación directa con lo que denominamos realidad. Lo que pretendemos al percibir ciertos valores en el motivo no es duplicarlos en la copia última. Podemos emularlos, si lo deseamos, en términos de valores de densidad por reflexión, o podemos reproducirlos en valores relativos con un efecto emocional. Muchos consideran que mis fotografías se encuadrarían en una "categoría realista". En verdad, lo que poseen de realidad se encuentra en su fidelidad o en la percepción de su imagen óptica; sus valores son definitivamente "desviaciones de la realidad". El espectador puede admitirlos como realistas debido a que el efecto visual puede ser aceptable para él, pero si fuera posible hacer una comparación visual directa con el sujeto real, las diferencias serían esencialmente sorprendentes.

Las *desviaciones* de la realidad son la clave esencial de toda fotografía, sea ésta un efectivo retrato cortés, un tosco bodegón sacrilego, o un particular paisaje imaginario.

Y en esa "real irrealdad" mueve las aletas, grácil y acompasadamente, la resbaladiza, ingrata y reticente fotografía de naturaleza; un aleteo asincrónico, firmado y rubricado, cuando la autoría lo demuestra, en cada escena, en cada toma y en cada visualización imaginativa. Pues ya lo dijo el maestro, don Anselmo³: "La fotografía es un medio complejo y fluido, y sus numerosos factores no se aplican en una simple secuencia"⁴. La complejidad y la fluidez del medio pueden ayudarnos, o no, a gozar de la naturaleza, sin herirla, y, aprovechando las circunstancias actuales, a realizar numerosas fotografías numéricas, eléctricas y cuasi-intangibles, que nos resulten incluso satisfactorias. Los factores nos abrazan; y las diferentes zonas del sistema, parecen deslizarse por entre los combados dedos.

Otra voz⁵, de otro fotógrafo, y en español, en el original:

(...) la cámara sólo hace lo que nosotros queremos que haga y si el resultado es deficiente o no nos gusta, no es porque el equipo sea malo, sino porque, en la gran mayoría de los casos, no hemos sabido utilizarlo para conseguir aquello que perseguíamos.

(...).

En una ocasión Ferdinando Scianna, fotógrafo de la prestigiosa agencia Magnum, llegó a decir: "Si la fotografía no es arte, peor para el arte". De igual forma, también nosotros podríamos decir que si la fotografía de naturaleza no es arte, pues peor para el arte, y seguir creando imágenes fabulosas de aquello que nos rodea.

Absolutamente cierto, la máquina no "crea" la fotografía; trátase de una labor premeditada del fotógrafo. La cámara fotográfica aparece únicamente, en el proceso creativo, como una sofisticada herramienta de precisión, completa y de compleja tecnología desarrollada al efecto. Lo verdaderamente dificultoso es conseguir lo perseguido, escribir el mensaje, sin comillas; plasmar los deseos, las querencias, los sentimientos, los pensamientos profundos. Dos o tres veces, de cada cien, puede llegar a alcanzarse una mínima plenitud. Y como, acertadamente, dice Ferdinando, y corrobora Fernando, si la fotografía (tipo "normal" o de "naturaleza") no es arte, peor para él pues, y para los que eso defienden⁶.

La playa y los fotógrafos.

Los pies en el fango y los pantalones con el dobladillo muy subido. Del fango reparador a las arenas finísimas⁷. Marismas encalmadas, cuasi socarronas y solapadas. Cachazudas superficies enmendaduras de almas inquietas. La cámara de fotografiar, colgada del sudoroso cuello, con el cogote húmedo y con el reseo gonzato algo apagado; pero la diestra mano controlándola, acariciando dulcemente sus redondeadas líneas y reconociendo su metálica rigidez -excepto, claro está, los muchos aparatos baratos, de plástico débil y repelente, fabricados en lugares varios de Asia-. Gaznápilas miradas inmisericordes escrutando la rara maquinaria colgada de ese cuello a medida, y al maquinista avizor; y la del autor, los ojos limpios, su incansable eterna mirada, templada y firme.

Nombres y apellidos. Famosos o de pocos amigos, desconocidos o de amistades peligrosas. Y aquella mujer luciendo su respetable personalidad, sobre las arenas acotadas. Corriendo, las fotografías furtivas; tranquilo, las imágenes deseadas y reflexivas. Fotógrafos, cazadores de celestes sentimientos, frágiles y atemporales; pescadores de meritorios pensamientos, sólidos y temporales. Azulados sentimientos siempre. A veces acertados; otras, pues no. Señoras y señores con el diestro índice descansando, tan tenso, sobre un botón disparador, que al ser presionado, sólo mata el tiempo. Ratos matados, espacios ocupados, versos vertidos, y la playa, desnuda o tapada de humanas epidermis, por definición acogedora.

Los fotógrafos y la playa. Coherencia y heterogeneidad versus incoherencia y homogeneidad. Luz y arena; fotones, incoherencia y heterogeneidad. Ayer, mañana, ahora. Con muchos datos personales, ellos, nacionalidad, controlados por la pública hacienda, amantes del buen vino, poetas sin retorno, bohemios de la luz y de las sombras, preocupados y por preocupar, moderados en el vestir, raudos al desvestir, con faldas, o sin ellas, y a lo loco, cinefilos algunos, con una fecha de nacimiento dada y de defunción acaecida, o por caer. Con pocos datos geográficos, ella, solitaria o no.

Sin pasar lista⁸ con lupa de cuatro u ocho aumentos, uno tras otro, y sin mirar todas y cada una de las fotografías realizadas en los pasados ciento cincuenta años anteriores al día de hoy, algunos de ellos:

Francis Frith (1822-1898), *Llegada a Filae*, Egipto, 1859 (aunque no sea una escena de playa, es acuosa); A. H. P. Stuart-Wortley (18xx-18xx), *Estudio de nubes*, Nápoles, 1861; Henry Peach Robinson (1830-1901), *Gaviotas*, sobre 1860; Edward Weston (1886-1958), *Conchas*, 1931; Franz Schensky (1871-1957), *La ola*, 1925; Paul Strand (1890-1976), *Tir A'mhurain*, Islas Hébridias, 1954; Weegee -Arthur H. Fellig- (1899-1968), *Multitud en Coney Island*, Nueva York, 1940; Ansel Adams (1902-1984), *Ola y roca*, Timber Cove, California, sobre 1965; Minor White (1908-1976), *Árbol cortado*, Punta Lobos, California, 1951; Harry Callahan (1912-1999), Cape Cod, Massachussets, 1972; Jean Dieuzaide (1921-2003), *Dalí en el agua*, Cadaqués, cerca del Cabo de Creus en Gerona, 1953; Kishin Shinoyama (1930), *Dos desnudos de espaldas*, Tokio, 1968; Franco Fontana (1933), *Mar y playa*, en el Mediterráneo, al Sur de Italia, 1973; Lucien Clergue (1934), *Desnudos en el mar*, serie, Mediterráneo francés, 1975; John Pfahl (1939), *Ángulos sobre el Gran Lago Salado*, Utah (también es acuosa y salada); Jeanne Chevalier (1944), muchas fotos del Mediterráneo alménense "; Michel Szulc Krzyzanowski (1949), *Desnudo en el agua*, 1985; NASA, *La Tierra vista desde el espacio*, (varias fechas desde finales de los sesenta).

Y para hacer patria hispana, ahora que poquísimo o nada se estila, algunos autores, otros artistas o, lo pertinente, fotógrafos, que usan la linda lengua ancha del barrigón Don Sancho y del flacucho Don Alonso Quijano, o foráneos que por acá fotografiaron con distinta suerte, en los presentes menesteres areniscos:

Charles Clifford (Gales del Sur 1819-Madrid 1863), *Muralla del mar con Monjuic al fondo*, Barcelona, 1860; José Spreafico Antonioni (Milán 1832-Málaga 1880), *Barcos en el puerto de Palos de la Frontera*, Huelva, 1875; Pascual Marín (Tudela 1893-San Sebastián 1959), *La Chelito (Consuelo Pórtela) pilotando un sidecar en la playa de La Concha*, San Sebastián, sobre 1912; Adalberto Benítez Tugores (Santa Cruz de Tenerife 1893-1975), Sin título, Tenerife, 1935; Gerardo Vielba (Madrid 1921-1992), *Playa del Sardinero*, Santander, 1960; Carlos Pérez Siquier (Almería 1930), varias, de los ochenta y noventa, en las costas Mediterránea y Atlántica de Andalucía; Fernando Herráez (San Fernando 1948), *Estoril*, Portugal, 1989; Manuel Villanueva Melgar (Ubrique 1953), varias, de los noventa, en las playas de Cádiz; Fernando Puche Alósete (Madrid 1966), muchas obras en diversos lugares marítimos; Julio González (Cádiz, 1966), otras varias de acá y allá; y por proximidad, aparte modestia, por qué no, yo mismo (Cádiz 1962), diversas obras en muchos marítimos lugares.

Lo dejó escrito un artista¹⁰ importante, nacido en Bilbao en 1971: "En días pasados llegaron noticias de los confines más apartados, rumores de un avance implacable, feroz, definitivo. Se habla de fuerzas de la naturaleza que ciegan con su sola evidencia, que roturan creencias a un ritmo sordo y sostenido. Las cosechas de ignorancia se perdieron, símbolos mutilados y códigos ya sin sentido se esparcen hasta donde alcanza la mirada y son ahora todo paisaje solo. Qué soledad sin gesto, cuentan."

Soledades, sin gesto, casi todas. Pero señor Doctor, temóme que no. Las cosechas de ignorancia, por desgracia, fluyen sin tropiezos; y, encima o debajo, las cegadoras "fuerzas de la naturaleza" se doblegan con muecas de desconcierto, hincando la rodilla mansamente en las rojas teñidas arenas circenses, ante la humana caricia destructiva infringida sin freno, desde dos siglos atrás, menos o más. Ciertos códigos siguen siendo válidos todavía, por cierto. Y los paisajes, los del alma al menos, permanecen impertérritos, denodados, valerosos, impávidos, casi serenos, ante tanto ataque absurdo.

Playas de foto.

Las hay, de veras. A lo ancho y largo de nuestro azulado planeta, en nuestra vieja patria Europa, en nuestra inmediata fragmentada Piel de Toro, en la profunda región Andalucía, y, por supuesto, en la fronteriza provincia sureña, cuya capital, que privilegiadamente habito, proclamó una avanzada Constitución Española, allá por el año 1812.

Hay, o quedan todavía, muchas playas de foto. A pesar de los domingueros incansables e incontables, de los centenares de miles de bañistas meones, de los bikinis de leopardo dos tallas inferiores a las necesidades ciertas de la usuaria perdidos en la arena, de los culturistas de playa bronceados hasta la saciedad pero pringosos de untuosas cremas y fluidas lociones para después del sol o de la luna, de los servicios de playa en huelga indefinida todos los lunes, miércoles y viernes de Julio-Agosto-Septiembre como marca el comité de empresa y los sindicatos todos, de los grupos de alegres adolescentes adictos a la zarzaparrilla y ajenos a variables económicas cual IPC o precio del dinero vil, y de las alcohólicas barbacoas salvajes, un verano afirmativo y el siguiente también, más aún año tras año, si posible fuere cuantificarlo.

Para saber cuáles zonas de ocio marítimo son "aptas para el consumo" turístico, se ha establecido una normativa europea estricta, simbolizada en "la Bandera Azul " de los mares limpios de Europa", y concedida anualmente por la Fundación de Educación Ecológica (FEE). La Bandera Azul se concede como galardón a playas y puertos deportivos como símbolo identificativo de una elevada calidad ambiental y unos satisfactorios servicios y seguridad efectiva para los usuarios. Se lanzó por vez primera en el año 1987, desde la Comisión Europea. Actualmente vienen a participar más de mil municipios litorales en dicha certificación de calidad.

La concesión de la Bandera Azul requiere, en la mayoría de los casos y pese a su descomunal dificultad, del trabajo coordinado en cuatro niveles burocráticos de administraciones locales, regionales (si hubiéralas; en nuestro caso, por desgracia, las hay), nacionales e internacionales (casi toda Europa y gran parte del Mediterráneo no europeo). El municipio aspirante al azul galardón, o a su renovación anual, debe cumplir una estricta normativa referida a Ley de Costas, Directivas de Aguas de Baños, Directivas de Aguas Residuales Urbanas, criterios normativos de Limpieza y de Seguridad, Servicios Sanitarios, rampas para minusválidos, y otras, además de una correcta información y gestión ambiental. Se aplica estrictamente la normativa y la cosa funciona. En la ancha línea costera española (Península, Ceuta, Melilla, Baleares y Canarias), hay varios cientos de playas con el registro de Bandera Azul.

En el caso concreto de la provincia de Cádiz, citaré playeros nombres de mi agrado, siendo favoritas algunas pocas playas en cursiva , de Levante a Poniente, para hacer boca:

Torreguadiaro (San Roque), Sotogrande (dentro de la lujosa urbanización, en San Roque), La Atunara (La Línea de la Concepción), Palmones (Los Barrios, "playa industrial", en sentido literal), El

Rinconcillo (principal playa de Algeciras), Getares (Algeciras), Playa Chica (Tarifa, de nombre descriptivo), Los Lances y Valdevaqueros (Tarifa, "Hight Wind Área"), *Bolonia* (Tarifa, con las famosas ruinas romanas de Baelo Claudia), *Los Alemanes* (Tarifa, desde el Cabo de la Plata al Cabo de Gracia), Atlanterra y Zahara de los Atunes (Zahara de los Atunes), *Pajares o Los Camilos* (Barbate), *Caños de Meca* (Barbate, antes de llegar al Faro de Trafalgar, lugar de la naval batalla), *El Palmar* (Vejer de la Frontera, a pocos kilómetros), *Castilnovo* (Conil de la Frontera), Los Bateles (Conil de la Fra.), La Fontanilla (Conil de la Fra.), *Fuente del Gallo* (Conil de la Fra.), Roche (urbanización de Cabo Roche, entre Conil y Chiclana), *El Puerco* (Chiclana), La Barrosa (Chiclana), *Camposoto* (San Fernando), Río San Pedro (Puerto Real), Valdelagrana y La Puntilla (El Puerto de Santa María), La Costilla, *Punta Candor* y La Ballena (Rota), La Regla y *La Grajuela* (Chipiona), La Calzada (Sanlúcar de Barrameda, lugar de celebración de las carreras de caballos; "El Hipódromo"), Bajo de Guía y Bonanza (Sanlúcar de Barrameda, frente al Coto Doñana).

Y, tras el largo paseo costero, como último remojón playero, las de la ciudad de Cádiz: *El Chato*, *Cortadura*, La Victoria, Santa María del Mar, y la más típica, favorita de muchos gaditanos y visitantes, La Caleta ^H.

Todo el inmediato listado de playas, podría tomarse como una rápida guía doméstica para realizar un largo y variado recorrido fotográfico en uno de los extremos sureños europeos más recurrentes, a nivel climático, cuando menos, pasando sin traumas del Mar Mediterráneo al Océano Atlántico, en un lento y húmedo trayecto costero de unos 250 kilómetros, aproximadamente, desde el límite Este, Torreguadiaro en San Roque, hasta el límite Oeste, Bonanza en Sanlúcar de Barrameda. Entiéndase, siempre y cuando el viento -ventisca o temporal en el Estrecho de Gibraltar y por extensión en el ensanche del embudo del adyacente Golfo de Cádiz- de Levante, o el de Poniente, lo permita. Recordemos que Tarifa es un "Paraíso entre dos Mares". La *mare* que parió al Levante, y la *mare* que parió al Poniente; paraíso que atrae a los navegantes en tabla, expertos en fuertes vientos y aficionados a volar sobre las olas, pero acaba expulsando, más tarde o más temprano, al resto de los turistas, afortunadamente para la merecida salud de las costas gaditanas, opino.

Tomemos el sol, como reparación y descanso, ante tantos nombres y lugares, recorridos a toda pastilla, de jabón, graciosamente bañados por las marítimas y oceánicas aguas. Y ya puestos, póngame un tinto de verano; o dos, por Neptuno . Gracias.

La mar de fotografías.

Parece necesario tomarse un respiro y tras el placentero baño en los dominios de Neptuno, calentar la desnuda piel al sol desnudo. El potencial temor al disparo fotográfico en el playero trayecto recorrido, parece haberse diluido cual sódico cloruro en aguas infinitas. Con muchos autores, muchas propuestas, muchas obras, y con muchas fotografías, océanos de fotos. Océanas paradojas en casi todos los fotográficos actos, con o sin actores ni reconocidos ni reconocibles, al libre aire azulado. A su lado, la foto aparece cual caricatura de la mar toda. Y nos sonreímos ante el inesperado hallazgo; unos rectángulos, pequeñajos de papel, representantes de las innumerables lapislázulis tonalidades acuosas del gran azul incoloro.

Cada vez que salimos de vacaciones, o de escape de final de la semana, o de retiro espiritual puntual, o de recogimiento interior al pasear deseosos de escuchar la mar por el marítimo paseo, o que volvemos a reencontrarnos con los pretéritos lugares de divertidos juegos infantiles, al regresar a lo cotidiano, rebuscamos en el álbum de fotografías familiar, para, con senil parsimonia documentada en

los años perdidos, rememorar difusos recuerdos emotivos de nuestras vidas pasadas. Y las fotos de la playa, de aquél verano caluroso, nos reconfortan, otra vez más, y revitalizan cual complejo vitamínico que no precisa receta docta.

En blanco y negro, cual sueños de antaño. Aromas de ultramar en negro y blanco. En negros, grises y blancos; doscientos cincuenta y seis grises, puede que. Arenas locales en tonos exponenciales. Aromas y arenas, fotografiados con tenacidad artística tozuda por autores diversos en distintos momentos; firmas difusas en azul de ultramar.

O en colores, ultramarinos por completo, ellos.

Docenas, o cientos quizás, de discretos ejemplos pertinentes. Un profundo, muy poco, charco salado de fotografías playeras, protegidas ya del astro rey y del paso falaz de los valientes meses tetra-valentes.

Gaviotas desorientadas. Navegando en aguas y aires turbulentos. Rápidas mareas. Mareos en tierra firme. Comiendo, en vuelo rasante, raudos, desgarrante, acrobático y con el pico avizor, migotes de pan de las manos de una bondadosa anciana atenta, como palomas domésticas de gran envergadura y atrevimiento. Y la meritoria foto, de rigor. Los graznidos, mejor otro día menos distendido.

Pocas bondades pululan por las costas. Cuesta reconocerlas; las culpas. Abyectos, rastreros, viles deseos de caer bajo. Basura, y basuras, inundando la pleamar. Todo un deprimente espectáculo degradante. Y toda una cuadrilla de basureros de playa, y de varias delegaciones municipales, trabajando afanosamente para restaurar la idílica imagen de las postales tópicas. No es solamente marketing de política local, campaña yupi-yupi regional, imagen de marca, prestación de servicios o ecología barata; se trata de una seria inversión de futuro para una competitiva economía de servicios. La playa es el escenario para ese teatro de los cuerpos bronceados, requemados, colorados o lechosos. Un escenario espléndido para pensar, perseguir, hacer, encontrar, tomar, editar y redefinir fotografías. En el teatro marítimo que nos recibe verano va y verano viene, queden o no pececillos, camarones, ermitaños cangrejos o vivos organismos otros varios, en la mar oceánica. Teatro de las vanidades fotográficas.

Y las gaviotas, cuando se puede, aprovechando la energía despilfarrada por los humanos; mariscando en las basuras. Cientos de toneladas, arrojadas con desparpajo en cada playa, urbana o agreste. Malherido, el mar. La mar de heridas infringidas, sin razón, a la azulada nave que nos aloja. Y la pesca. Aniquilación total de cientos de especies marinas cada diez años, aproximadamente. Hay que gritar, denunciar, discrepar y luchar; por la vida. Por la salud del planeta todo; por la necesidad, inexcusable, de "mantener vivo" lo que nos queda todavía. Y seguir haciendo, para ello, fotos útiles "\

E inútiles; pero hermosas.

Las fotos reflejan, habitualmente, la vida.



foto 1. Victoria. Cádiz, 2004. FPG.

De forma cualquiera, siempre nos quedarán los libros, como individual y empapelada liberación privada.

Lo dejó escrito el señor Téllez ¹⁷ :

La Victoria era mucha Victoria. Desde las dunas de Cortadura a la playita de Las Mujeres⁸ Desde la edad del pavo, le gustaba campar por sus orillas húmedas por la marea o por las lluvias que traían el viento del sur o el poniente. Y le pirraba huir de la flama de algunos días de Agosto, pegándose una zambullida rápida, como si se le cortase el cuerpo, como si volviera a nacer, como si al salir fuera a encontrarse con un lugar antípoda respecto al que había dejado al sumergirse.



foto 2. El Chato. Cádiz, 2004. FPG.

La playa Victoria, en efecto, es mucha Victoria. Una victoria discreta de la ciudadanía sobre casi todo lo demás. Motor económico de la ciudad y acelerador social de actividades lúdicas variadas. Como extremo ejemplo, las barbacoas del Trofeo Carranza, en pleno mes de Agosto, que merecerían una tesis doctoral en toda regla; o sin reglas, como esa playera noche de sábado superpoblada. Para zambullidas muy lentas y familiares. Según las edades y los grupos, claro está. La estratagema vital para ésta magnífica playa urbana, es darse el paseo por la orilla o el marítimo baño a horas intersticiales, armado de cámara de fotos "acuática", y relajarse todo lo posible, a solas o en grata compañía.

O, en su defecto, un pequeño paseo hasta El Chato. O puestos ya, El Palmar.



foto 3. El Palmar. Cádiz, 2004. FPG

Marejadilla arreciando a marejada. Debajo, mar de fondo; cautos conviene ser. Luego, llegará la calma; victoriosa por constante.



foto 4. Victoria, Cádiz, 2004. FPG.

Otra vez otra voz ²⁰, respetable, al respecto: "Afirman los artistas Fluxus que el arte está tan estrechamente ligado a la vida que ambos son la misma cosa; pero además, el arte convierte la vida en algo más interesante que el propio arte."

Muy interesante, pardiez. ¡Qué arte hay que tener para vivir! Para vivir con arte o sin ello, cada semana, cada año, cada década, la vida entera...

Llevamos, con el agua a la cintura, muchos minutos, muchas palabras y muchas fotografías. La mar de frases y la mar de fotos. *Mar adentro* todo se ve de distinta manera. Abre los ojos, y respira a fondo. Huele a mar, todavía. A disfrutar, mientras se pueda; que mañana, dirá Dios.

A modo de conclusión o resolución desde la orilla.

Es hora de recapitular. Desde la orilla o más adentro. Gracias por haber llegado hasta acá, sin saltos discretos. Las notas al pie, poco se notan. Pero denotan cierta serenidad, si ello cabe ahora. Y ahora, y siempre, merecemos descansos reparadores. Mecánicos blancos asuetos psicológicos y físicos. Merecemos, a la dura luz de la playa solitaria, inmerecidas laudatorias fotográficas, por hacerlas, pensarlas, remediarlas, olvidarlas, reconstruirlas, retomarlas y borrarlas, si menester fuere.

Es momento para, con ciertas luces del intelecto curvilíneo, reflexionar sobre la recta luz playera reflejada. No parece desconcertante ni imposible; pero requiere esfuerzos notables. La pena merecen tales reflexiones y esfuerzos intelectuales; siendo el merecimiento sobrio efectivo, además, una pequeña ayuda para seguir creando universos interiores comunicables.

Sobresalientes me parecen, o mejor, son los artistas que toman la Naturaleza como tema central de sus obras. Las marinas merecen, además, y sobre todo para los que gozamos de una costosa costera residencia habitual, de una salada reflexión. Sin salida, la amalgama de ideas; tormenta del cerebro sobre aguas encrespadas. Dulces imágenes, tal vez, al caer el sol, tras semejante chaparrón.

Sabemos, además -no hace falta ser un genio despistado para llegar a semejante conclusión-, que la protección civilizada de la naturaleza salvaje es una condición fundamental para la salvaguarda de la vida toda en nuestra pequeña esfera azulada. Y dicha protección debe estar por encima de los viles intereses monetarios de algunas compañías, gobiernos o grupos de explotadores, bastante salvajes ellos todos desde la "civilización", pero muy respetados por, entre otras ridículas estratagemas, generar puestos de trabajo. Cuando la economía, de distribución, de localización variable, de explotación, del sector servicios, doméstica o industrial, no respetuosa, no conservadora, ni prudente, ni conservacionista, se superpone al derecho a la vida de todas las criaturas y ecosistemas, tanto animales, vegetales y demás bichitos, como sus medios, sólo queda hueco para la aplicación de un Derecho vitalista internacional, firme e inviolable.

El freno en el consumo de energía y de agua, es otro puntal indiscutible en la eficaz defensa del planeta.

Y como último punto importante, la severa reducción de los índices de natalidad, a nivel mundial. Somos demasiados y el planeta no puede dar para más ²¹. O eso parece; y no podemos hacer ciertos experimentos con la propia vida. Si hay que morir, que sea de muerte natural; naturalmente menos malo.

Pero, ahora, mejor bajar a la playa. Hay poca gente paseando; la caída de la noche desnuda ciertos escenarios; y viste, de gala, otros cercanos. Los pies, descalzos otra vez, lentos y las palabras deslizándose serenas sobre la piel. Con guantes blancos los requiebros ignífugos. Los dedos, furtivos dentro de las leyes de los oscuros deseos, buscando el centímetro perfecto. Los silencios, entrecortados, fragmentados, quebrados cual céntimo de euro, quebrantados por las discretas olitas calmosas. La mirada neutra, pero atenta y dispuesta a encontrar. Palpitos acelerados por lo que se avecina; por lo que puede llegar a ser. Una caricia flemática o un beso dócil, eternos ambos cuando se dan al unísono. Nudo acontecer. El beso del tiempo recordado; la caricia del gesto recortado. Es increíble, pero alguna vez sucede, o debería suceder, cuando se tiene algo así entre manos; ella es discreta y pequeña.

Playa nocturna y corita. Una cámara pequeña y discreta. E hice la foto. ¿Prueba superada?

La "realidad" no aparece en las fotografías; nunca está en ellas. Ni la arena de las chancas, ni el salitre sobre la piel, ni los aromas, ni el tacto indescriptible, ni los olores zafios. Nos miente la propia mirada del fotógrafo, acotando, seleccionando, eliminando, distribuyendo, elaborando, reconstruyendo. El espacio, el tiempo; el encuadre, la velocidad de obturación, la profundidad de campo; lo de "dentro" y lo de "fuera". Todo tiene su importancia y sus consecuencias narrativas. Conceptos y emociones. Las fotografías, las nuestras o las de los otros cuentistas, son complejas opiniones; pero solamente eso, visiones parciales, cargadas de tildes y de subrayados personales. Creaciones y recreaciones de la razón, de los sueños, de los deseos, de la oscuridad densa. Tanto en la playa repleta de bañistas como en la calita apartada del mundanal ruido en temporada baja. Las fotos de la playa, nunca son la playa.

Emocionante todo ello. Pero es hora de recoger la sombrilla, acabarse la tortilla y, ya en casa tras la reparadora ducha templada y las empanadillas calentitas de picoteo pirata, calzarse con mucha tranquilidad las favoritas zapatillas, y acometer la edición de lo recogido, a hurtadillas, en la jornada, ¿amarilla?

Se descargarán las imágenes de la tarjeta de memoria, borrar tropiezos y errores, y a disfrutar como niños con videoconsola nueva. Hoy lo hemos pasado de fábula; y seguro que aparecerán, entre tantos cientos que "caben" en esa enorme tarjeta registradora que compré el viernes pasado en el inglés corte, fotografías únicas, maravillosas, artísticas y familiares, entre otras. Pero antes...

Vaya, olvidé que tuve un pequeño equívoco con el menudo menú de la dichosa camarita, y cuando apareció el simple mensaje, sin botella, "Borrar todas", tuve la graciosa ocurrencia de elegir "ok". ¡Cuan modernas tecnologías!
Pero, hay que reconocerlo después de todo y gracias a la climatología graciosa, qué buen día de playa, ¿verdad?

NOTAS

1 La definición, primera y principal, de *Matrimonio*, según el *Diccionario Manual de la Academia de la Lengua Española*, reza como sigue:

"Unión perpetua de un hombre y una mujer, con arreglo a derecho."

2 El señor Ansel Adams, fotógrafo y teórico, en el tomo dos de su famosa trilogía sobre el SISTEMA de ZONAS, titulado *El negativo*, primera página de la introducción.

Para Adams, el concepto fundamental del proceso fotográfico es la *visualización*, que parte de la "gestión de la imagen" (punto de vista, ajustes ópticos sobre el objetivo, manejo concienzudo de la cámara y control final de la exposición, para la contumaz estabilidad de la imagen desde el inicio), de los "valores de la imagen" (funciones relativas al revelado de la película; en sistemas numéricos harían referencia al procesado en el ordenador sobre los archivos en bruto o con baja compresión), y concluye en la "copia final" (copiado y ampliación; o tras la gestión de archivos en Photoshop® o similar, el grabado final en CD o DVD, y, a posteriori, entregar el disco en la mejor tienda que conozcamos, previa lustrosa encomienda a los santos y a los ángeles, respectivamente aficionados).

3 Me refiero, naturalmente, al maestro señor Adams.

Ansel Easton Adams nació en la ciudad de San Francisco, California, en los comienzos del siglo XX, el 20 de Febrero del año 1902, y feneció en Monterrey, en el año 1984. Hijo de Charles Hitchcock y de Olivia Bray Adams. En 1928 contrae matrimonio con Virginia Best, con la que, tiempo más tarde, tendrá dos lindos vastagos, llamados Michael y Anne.

Merced a su esmerado trabajo, a su perfeccionismo técnico, a su manejo magistral de la luz, a su pasión por la relación entre el hombre y la naturaleza, y a su obra toda, se le ha considerado, y se le considera hoy todavía, paradigma de la fotografía paisajística norteamericana. Aficionado desde joven a la música clásica y popular -estudió piano-, y a las artes, su arranque, en la fotografía, se produjo con una Kodak *Brownie*, en el celebrado Valle de Yosemite, donde solía practicar el montañismo, desde la escalada básica al senderismo incansable.

En esa época conoce a Frank Dittmann, quien le sugiere la posibilidad de dedicarse profesionalmente a la actividad fotográfica. Entonces publica su primer portafolios, estamos en el año 1927, titulado *Parmelian prints of the High Sierra*, muy aplaudido por amigos y algunos críticos.

En el año 1930 se produce un encuentro muy importante para el joven Adams, pues conoce, personalmente, al reputado fotógrafo Paul Strand -lo que le ayudará a abandonar el tardío pictorialismo que practicaba por aquel entonces-. En 1931 trabaja como corresponsal gráfico para *Fortnightly Review* de la ciudad de San Francisco.

Un año después sucederá algo memorable: Sonia Noskowiak, Imogen Cunningham, Henry Swift, William van Dyck, John Paul Edwards, Edward Weston y nuestro hombre, Adams, fundan el grupo *f/64*, máxima representación de la practicada por ellos, y por otros pocos, *nueva objetividad*, junto a la conocida como *fotografía pura*, con el dogma, conceptual y físico, de la máxima profundidad de campo, "factible", como meta, la definición del todo rigurosa, el equilibrio y la precisión, del medio y de la expresividad (recordemos algunos números "f: 2,8; 4; 5,6; 8; 11; 16; 22; 32; 64;..., y la enorme distancia hiperfocal teórica del último número). En 1933, en la ciudad de San Francisco, se produce la apertura de la *Ansel Adams Photography and Art Gallery*. Y el negocio va, que no es poco. Desde mediados de los treinta, su trabajo empieza a ser reconocido internacionalmente, gracias a exposiciones en Europa y a la publicación, en Londres, de *Making a photograph*. Y a finales de esa década tumultuosa, tras un viaje por el Valle de Yosemite, junto a sus amigos, Weston, David MacAlpin y Georgia O'Keefe, comienza a desarrollar su famoso Sistema de Zonas (*Zone System*).

Ya en la década de los cuarenta, comienza a colaborar con el recién creado Departamento de Fotografía del Museo de Arte Moderno de Nueva York, trabajando, codo con codo, junto a Beaumont Newhall o a David MacAlpin. E imparte clases magistrales en varias universidades norteamericanas, así como en diversas escuelas y centros de secundaria. En su decisiva faceta de promotor y serio docente de la fotografía, consiguió que ésta entrara oficialmente en la estructura académica universitaria; fue director del Departamento de Fotografía de la Escuela de Bellas Artes de la Universidad de California, Berkeley. Durante la segunda guerra planetaria, trabajó para el Departamento de Interior, encargándose de los fotomurales, que posteriormente se expondrían en el Museo neoyorkino bajo el sugerente título de *Bornfree and equal*, en 1944. Cuatro años después publicó un libro rindiéndole homenaje a su maestro, *In memory of Alfred Stieglitz*.

En los cincuenta, sale al mercado un libro de peso, *The National Parks and Monumento*, y otro hito importante: junto a sus amigos, Dorotea Lange, Barbara Morgan, y Beaumont Newhall y su esposa Nancy, funda la revista *APERTURE*, corriendo el año 1952.

Premios, y refulgentes distinciones, numerosos, pero merecen destacarse sobre el amplio listado, la Medalla de Honor de la Sociedad Americana de Fotografía, *Progress*, en 1969, y el Premio Víctor Hasselblad en 1981.

John Szarkowski afirmó: "El gran regalo que nos ha hecho Ansel Adams, es el claro entendimiento de que el mundo natural no es una cosa estática". Sus obras, fotos y textos, son, en mi humilde opinión, otro gran regalo.

Datos de la *Enciclopedia Biográfica Universal Promesa*, México D. F. 1982, págs. 13-15; de *La fotografía del siglo XX*, págs. 16-19; y del *Diccionario Espasa de Fotografía*, págs. 5-6.

4 Ansel Adams, (Op. Cit.), pág. X de la introducción.

5 La de Fernando Puche, en su libro *El paisaje interior*, págs. 17-21.

6 La decadente discusión "Arte versus Fotografía" es tan añeja, ridícula, retorcida, irrisoria, grotesca y polvorienta que llega a carecer de interés, al menos para algunos fotógrafos, entre los que me cuento y cierro filas.

Para los que quieran, sin embargo, continuar metiendo los dedos en la yaga, sugiero releer algunos pocos textos como: *Arder en deseos. La concepción de la fotografía* de Geoffrey Batchen, *El tiempo de la imagen* de Régis Durand, *La fotografía plástica* de Dominique Baque, o cualquier libro de Historia de la Fotografía.

Puede consultarse, asimismo, el libro de Gómez Isla, páginas 13-34, de la bibliografía presente.

7 La arena no es más que "un sedimento detrítico incoherente y heterogéneo, formado por partículas de tamaño comprendido entre 0,02 y 2 mm. (...).

Espacio que en los circos y anfiteatros de la antigüedad se destinaba a juegos y espectáculos. (...).

Redondel de la plaza de toros. (...).

Mineralógicamente, las arenas están formadas por cuarzo, feldespatos, carbonatos, micas y minerales pesados. Se originan por disgregación de rocas preexistentes, principalmente granitos y rocas afines. Las arenas abundan en las zonas desérticas y en los depósitos costeros y fluviales. Las arenas se utilizan en la construcción para fabricar el mortero, mezclándolas con cemento. En la industria del vidrio se utilizan arenas silíceas que se funden a altas temperaturas, mezclándolas con carbonato de sodio y caliza. Por cementación natural de las arenas, se originan las areniscas."

Datos de la *Enciclopedia Salvat*, tomo 2, págs. 273-274.

8 Listado de autores y fotografías, elaborado desde algo más de una docena de libros y catálogos del arte fotográfico referido.

9 Es muy recomendable revisar el libro de Jeanne Chevalier titulado *Calas (Cabo de Gata-Níjar)*, con textos de Erica Pedretti y poemas de José Ángel Valente, de ediciones Canal 1, Bienne 1999, Suiza.

10 El fotógrafo-escultor-Doctor Chema de Luelmo, en su catálogo homónimo editado en Valencia en el año 1999, texto *Contrafuego*, pág. 1.

11 Datos procedentes de www.cma.gva.es y de www.mma.es, entre otras páginas de la red.

12 Concretamente 560 Banderas Azules, en 478 playas y 82 puertos deportivos españoles; a nivel europeo fueron 3.067 Banderas Azules, en 2.435 playas y 632 puertos deportivos; datos del año 2005. En el momento de redactar este artículo (Marzo de 2006), todavía no se ha publicado el listado del presente ejercicio.

13 No enumero las playas gaditanas por gozar de Bandera Azul. Están las que me gustan, y señaladas en letra cursiva, mis favoritas, a nivel "estético-ecológico".

14 Entre sus afamados, y afanados, seguidores, "caleteros" acérrimos, se encontraba el escritor, inteligente conversador, novelista, dramaturgo, articulista y poeta, Fernando Quiñones (amigo personal de mi padre), y excelente persona, por cierto.

15 Como es sabido bien, *Neptuno* es la romana divinidad del mar, señor de las saladas aguas todas. Dominador de los elementos líquidos, se le puede considerar como una proyección del *Poseidón* griego. De ahí su vinculación a las gentes de la mar, pescadores o navegantes.

Uno de los lejanos planetas del solar sistema, lleva su nombre.

Dejaremos a *Poseidón* en aguas mansas, para no extender en demasía la nota, ni tener que dar la nota hablando también de los "ancianos del mar", *Proteo* y *Nereo*, de sus rebaños de focas, o de alguna de las cincuenta hermosas hijas del segundo, las nereidas, *Tetis*, *Anfitrite*, *Calatea*... La mitología griega puede, algunas veces, llegar a marear, como el movimiento de las olas, tantas ellas y tan prolíficas.

16 Hay muchísimos libros de fotografía de naturaleza, paisajes bellos o denuncia ecológica; por citar unos pocos títulos: *365 gestos para salvar el planeta*. Barcelona, 2005. Textos de Anne Jankéliowitch; fotos de Philippe Bourseiller.

Nuestra historia vista desde el cielo. Barcelona, 2005. Textos de Henri Stierlin.

Marcello Bertinetti, *Egipto desde el aire*. Barcelona, 2004. Textos de Corinna Rossi.

Yann Arthurs-Bertrand, *La tierra explicada a los niños*. Barcelona, 2004. Textos de Hubert Comte.

Bernhard Edmaier, *Canción de la tierra*. Textos de Angelika Jung-Huttl.

Michael Martín, *Desiertos*. Barcelona, 2004.

Günter Nitschke, *El jardín japonés*. Colonia, 2003.

Datos de la Librería KOWASA de Barcelona, www.kowasa.com

17 En el prólogo del libro de Manuel Villanueva Melgar, *Escenas de playa*, firmado por Juan José Téllez Rubio, pág. 16.

18 Denominación popular de la playa Santa María del Mar (enfrente de mi casa, por menos señas).

19 Gentes de toda la Bahía de Cádiz, muchos veraneantes, más algunos despistados, parcelan todos los kilómetros de la playa Victoria (unos tres y medio, con una anchura media de 45 metros) en la noche del Trofeo futbolero, celebrando incontables barbacoas veraniegas bajo las estrellas atónitas, al mismo tiempo y en el mismo lugar. Un espectáculo popular sorprendente; carnaval de pinchitos morunos, sardinas y caballas asadas, cientos de sacos de carbón vegetal consumidos y miles de litros de bebidas, principalmente alcohólicas, bebidos.

La mañana del domingo siguiente requiere cuadrillas extras de personal de limpiezas para recolectar las toneladas de basu-

ras olvidadas en el evento. Fotos sin reparos.

20 La de Juan José Morante Cañizares en el artículo *Color del Sur*, del libro, de título homónimo, de Carlos Pérez Siquier.

21 Semejante retahila de opiniones, nada científicas y nada irrefutables, representa tan solo un reservado y discreto lamento dolido ante lo que "todos", en mayor o menor medida, estamos haciendo con nuestro hermoso planeta azul.

BIBLIOGRAFÍA.

ADAMS, Ansel. *El negativo*. Omnicon. Madrid, 1999.

Adalberto Benítez. Fundación La Caixa. Barcelona, 1999.

CHEVALIER, Jeanne, *Calas*. Canal 1, Bienne, 1999.

Diccionario Espasa de Fotografía. Dirigido por Juan Manuel Sánchez Vigil. Espasa Calpe. Madrid, 2002.

La fotografía del siglo XX. Museum Ludwig de Colonia. Taschen. Colonia, 2005.

GÓMEZ ISLA, José. *Fotografía de creación*. Nerea. San Sebastián, 2005.

HERRÁEZ, Fernando. *Línea de playa*. Centro Andaluz de la Fotografía. Almería, 2000.

Chema de Luelmo. Consejo de Museos de la Comunidad Valenciana. Valencia, 1999.

PÉREZ SIQUIER, Carlos. *Color del Sur*. Fundación Unicaja. Málaga, 2004.

PUCHE, Fernando. *El paisaje interior*. Omnicon. Madrid, 2005.

VILLANUEVA MELGAR, Manuel. *Escenas de playa*. Fundación El Monte. Sevilla, 2000.